



Tema 1º de CUARESMA "El que quiera venirse conmigo..." (Mt 16,14). La lucha contra el mal, condición para seguir a Jesús

La cuaresma es un tiempo especial de gracia, "un tiempo favorable" que debemos aprovechar con intensidad y amor. Nos lo ofrece, con entrañas de madre, la Iglesia, que vela solícita por nosotros, sus hijos.

Dios tiene un problema con nosotros

Sí, porque Él nos creó por amor, creó todas las cosas para que de todo nos sirviésemos y disfrutásemos, soñó con nosotros haciéndonos hijos suyos, haciéndonos partícipes nada menos que de su naturaleza divina... pero le volvimos la espalda, **le ofendimos**, pecamos contra Él.

Dios sufre por nuestros pecados.

Con dolor se lamenta de nuestra conducta perversa que hemos llevado haciendo mal uso de la libertad que Él mismo nos dio. Lleno de amor y de ilusión, plantó en nosotros su viña con inmensa ternura esperando que diésemos frutos sabrosos, uvas dulces, pero dimos agrazones, frutos amargos que a Él le hieren y a nosotros nos hacen desdichados y miserables.



En consecuencia, no extraña que sean innumerables las llamadas que a lo largo de la historia Sagrada (sobre todo por los profetas) nos hace **para que nos volvamos a Él**, para que nos arrepintamos de nuestros pecados y delitos, para que cambiemos de vida y rasguemos nuestros corazones de manera que, purificados por su gracia, podamos darle gloria, y, curarnos de nuestras enfermedades y maldades, experimentemos la alegría inmensa de la salvación.

- "Convertíos a mí de todo corazón, con ayunos, llantos y lamentos. Rasgad vuestros corazones y convertíos al Señor vuestro Dios que es compasivo y misericordioso..." (Jl 2, 12).

- "Arrepentíos y convertíos de vuestros delitos".

- "Estrenad y corazón nuevo y un espíritu nuevo"

Y nos ofrece su perdón y su ayuda con una generosidad y una misericordia verdaderamente paternal:

- "Aunque vuestros pecados sean como la grana, quedarán como nieve. Aunque sean rojos como escarlata, blanquearán como lana" (Is 1,18)

- "No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Volveos, volveos de vuestros caminos" (Ez 33,11)

- "Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificara. De todas vuestras inmundicias e idolatrías os voy a purificar. Arrancaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne" (Ez 36)

No conforme con esto, el Padre **nos enviará a su Hijo al mundo para hacer con nosotros una alianza eterna de amor**, para predicarnos Él mismo la palabra de salvación (el Evangelio), darnos su gracia y salvarnos muriendo en la cruz.

Él mismo inicia su predicación diciendo con tono de urgencia:

"Se ha cumplido el tiempo: convertíos y creed en el evangelio".

Y en otro momento, exhortándonos a la responsabilidad, reconociendo que el Reino de Dios sufre violencia por el pecado, y que solo los esforzados lo arrebatan, y dándonos ejemplo Él mismo de lucha contra el mal, nos invitará con realismo a seguirle, a imitarle, a estar con Él siguiendo su mismo camino de salvación:

"El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga" (Mt 16,14).

Y nos advierte paternalmente: "en el mundo tendréis luchas. Pero no temáis. Yo he vencido al Mundo".

¿Por qué existe el mal, el pecado?

Misterio del trigo y la cizaña (Mt 13, 24-30)

Si, como dice el Génesis, Dios lo creó todo bueno, ¿cómo es que existe el mal? Es la misma pregunta que se hacen los siervos del amo en la parábola del trigo y la cizaña: "Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde viene la cizaña?"

Veamos la parábola (Mt 13, 27):

"El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero, mientras dormían los hombres, vino su enemigo, sembró cizaña en medio del trigo, y se fue. Cuando brotó la hierba y echó espiga, entonces apareció también la cizaña. Los siervos del amo acudieron a decirle: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo es que tiene cizaña? Él les dijo: Algún enemigo lo hizo. Le respondieron los siervos: ¿Quieres que vayamos y la arranquemos? Pero Él les respondió: No, no sea que, al arrancar la cizaña, arranquéis junto con ella el trigo. Dejad que crezcan ambas hasta la siega. Y al tiempo de la siega diré a los segadores: arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla; el trigo, en cambio, almacenadlo en mi granero".

1. Se trata de una parábola dramática

De hecho, en ella se enfrenta un sembrador y un enemigo. La vida es un drama, y no podemos ignorarlo. Existe el mal en el mundo, y esto no es un dato neutral de la historia. ¿De dónde sale la cizaña?, preguntan los criados al señor de la hacienda. Y el hombre de la parábola responde: "un enemigo lo ha hecho".

El mal no se produce porque sí. **Tiene una causa**. Jesús nos alerta, pero uno se pregunta: ¿Quién es este enemigo?

En este sembradío que Jesús representa, la cizaña no ha venido de la misma tierra, sino que una mano enemiga ha sembrado desde fuera una cosecha de cizaña. Y ha sido una siembra poderosa, que luego va a ser atada en gavillas. Esto no pasa en cualquier sembrado, sino en el sembrado que Jesús imagina para su doctrina. Hay un enemigo de la siembra.

2. Nos produce escalofrío dar un nombre a este enemigo

En la explicación de la parábola aparece el nombre del enemigo: "la cizaña son los partidarios del Maligno; el enemigo que la siembra es el diablo" (vv.38-39). Por el contrario, la buena semilla no es la palabra de Dios, la buena semilla son "los ciudadanos del reino".

Se trata, por tanto, de hombres buenos y malos, no de que en toda persona hay trigo y cizaña, sino que **hay personas que son trigo limpio y bien sembrado, y personas que son cizaña**.

El trigo bueno pasará a los graneros del Padre celestial; el trigo bueno son los ciudadanos que pasarán el reino de Dios. Y la cizaña, que son los malos, no será recogida en el reino de Dios, sino que será arrojada al fuego. Es decir, a los ciudadanos del maligno, a los hijos del diablo los ángeles "los arrojarán al horno de fuego; allí será el llanto y rechinar de dientes". En consecuencia, se trata del destino eterno de unos y del destino eterno de otros.

Estamos llamados a ser trigo limpio, a tener el corazón limpio, a hacer el bien, a pasar por la vida haciendo el bien...

Estos son los partidarios de Dios, los que viven en gracia, los que se dejan llevar del Espíritu de Dios...

Pero **debemos estar atentos para no dejarnos tentar por el maligno**, para no ser nunca cizaña, es decir, desobedientes a Dios, conducidos por el mal espíritu que suscita y atiza en el corazón todo tipo de malicia.

Los que se dejan conducir por él, terminan por preocuparse de su alma; viven en pecado y están bajo su dominio.

El misterio de iniquidad

Actualmente rarísima vez se oye hablar del pecado, se está llegando a una situación que ya Pablo VI calificó como uno de los mayores males de nuestra época: **la pérdida del sentido del pecado**. El endurecimiento o la ceguera de la conciencia que ya no ve el pecado.

La revelación cristiana, sin embargo, es categórica: el pecado está entre nosotros, no seamos ingenuos, hay un cúmulo enorme de pecados que constituyen lo que el Evangelio llama el pecado del mundo. Jesús habla de trigo y cizaña (Mt 13,24-30), de luz y tinieblas (Jn 1,5), de benditos y malditos (Mt 25,31-46).

Por tanto, en el mundo actúa ese "Misterio de iniquidad" que de una o de otra manera, en mayor o menor medida, puede tentarnos y de hecho nos tienta a todos. Jesús le llama Satanás, el príncipe de este mundo, el homicida, el malo, el padre de la mentira. Y San Pedro nos advierte: "Estad vigilantes, porque vuestro adversario, el diablo, ronda como un león rugiente, buscando a quien devorar" (IP 5,8). San Juan por su parte dice "que todo el mundo está apoyado en el maligno" (I Jn 5,19). Y San Pablo le llama "el dios de este mundo" (II Co 4,4)

Hay pues, alguien, una fuerza violenta, que nos impulsa a ofender al Padre, Dios, y alejarnos de Él. No son sólo nuestras pasiones, que también ejercen sobre nosotros un poderoso influjo para el mal, es que además hay alguien que nos impulsa a profanar la casa del Padre, y ese alguien está aliado con todos los poderes de las pasiones y es muy poderoso, hay que reconocerlo. No hay más que abrir los ojos a lo que pasa en el mundo y ver que existen fuerzas muy poderosas que, de hecho, arrastran a los hombres al mal, a la injusticia, al orgullo, a la soberbia, a la lujuria, a la envidia, etc.

Por eso san Pablo escribiendo a los efesios les dice estas impresionantes palabras: "Nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire" (Ef 6,12).

Pecado, lucha dramática y ayuda divina

El Concilio, reflexionó sobre este tema, y dice:

Creado por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, por instigación del demonio, en el propio exordio de la historia, abusó de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios. Conocieron a Dios, pero no le glorificaron como a Dios. Obscurecieron su estúpido corazón y prefirieron servir a la criatura, no al Creador. Lo que la Revelación divina nos dice coincide con la experiencia. El hombre, en efecto, cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males, que no pueden tener origen en su santo Creador. Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio rompe el hombre la debida subordinación a su fin último, y también toda su ordenación tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación.

Es esto lo que explica la división íntima del hombre. Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Más todavía, el hombre se nota incapaz de domeñar con eficacia por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre cadenas.

Pero el Señor vino en persona para liberar y vigorizar al nombre, renovándole interiormente y expulsando al príncipe de este mundo (cf. Io 12,31), que le retenía en la esclavitud del pecado. El pecado rebaja al hombre, impidiéndole lograr su propia plenitud.

A la luz de esta Revelación, la sublime vocación y la miseria profunda que el hombre experimenta hallan simultáneamente su última explicación. (G.S. 13)

El Concilio saca tres conclusiones:

- 1º. **El mal, el pecado, existe**, es innegable. Es un dato de experiencia.
- 2º. **Debemos luchar contra él**. ¡Debemos de no dejar de convertirnos! Se trata de una lucha dramática entre el bien y el mal.

"Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas".

Por eso la oración de este combate:

"Señor, fortalécenos con tu auxilio al empezar la cuaresma, para que nos mantengamos en espíritu de conversión; que la austeridad penitencial de estos días, nos ayuden en el combate cristiano contra las fuerzas del mal".

«Cristo invita a responder al mal ante todo con un serio examen de conciencia y con el compromiso de purificar la propia vida»

«En definitiva: **la conversión vence al mal en su raíz**, que es el pecado, aunque no siempre pueda evitar sus consecuencias».

- 3º. **Dios sale en nuestra ayuda**: "En el mundo tendrás luchas. Pero Yo he vencido al mundo". Él mismo luchó en el desierto contra Satanás. En realidad, toda su vida fue una batalla contra el mal.

La conversión es cambio de vida, fruto de un encuentro con Jesucristo que nos lleva a ver la vida centrada en Él y ordenada en la moral. La conversión es una gracia de Dios otorgada por los méritos de la redención de Cristo que murió en la cruz para reconciliarnos con el Padre. La conversión es esencial para ser discípulos de Cristo y salvarnos.

Nos dice san Agustín:

"En el mundo tendrás luchas; se lo dice para que estas luchas no los abrumen, para que en el combate no sean vencidos. De dos maneras ataca el mundo a los soldados de Cristo: los halaga para seducirlos, los atemoriza para doblegarlos. No dejemos que nos domine el propio placer, no dejemos que nos atemorice la ajena crueldad, y habremos vencido al mundo. En uno y otro ataque, sale al encuentro Cristo para que el cristiano no sea vencido. La constancia en el sufrimiento que contemplamos en el martirio (de S. Vicente) es humanamente incomprensible, pero la vemos como algo natural si en este martirio reconocemos el poder divino".

Y el Santo Padre Benedicto XVI:

"Si para salvarnos el Hijo de Dios tuvo que sufrir y morir crucificado, no es ni mucho menos un designio cruel del Padre celestial. La causa es la gravedad de la enfermedad de la que tenía que curarnos: un mal tan serio y mortal que exige toda su sangre. De hecho, con su muerte y resurrección, Jesús ha derrotado al pecado y a la muerte, restableciendo el señorío de Dios. Pero la lucha no ha terminado: el mal existe y resiste en toda generación, también en nuestros días. ¿Acaso los horrores de la guerra, la violencia contra los inocentes, la miseria y la injusticia que se abaten contra los débiles, no son la oposición del mal al reino de Dios? Y, ¿cómo responder a tanta malicia si no es con la fuerza desarmada del amor que vence al odio, de la vida que no tiene miedo de la muerte? Es la misma fuerza misteriosa que utilizó Jesús, a costa de ser incomprendido y abandonado de muchos de los suyos".